

En el microscopio veo moverse a diario las legiones de bacilos multiformes... Trato las bacterias, deformato la carne, descompongo la sangre, paso la fibrina de un lado, me quedo con el suero, hago el cómputo de glóbulos, preparo los antígenos y opero reacciones que revelan una culpa..., y digo como el maestro: «Sífilis», «Mal de Lázaro», «Tifus», «Carne podrida», «Carne que se acaba»... Y se me llena de dolor el alma y de desconsuelo y después de rabia, porque esa carne es carne humana, de los humanos más conspicuos a veces, de los que afuera, de espaldas al laboratorio, relucen y encantan y arrastran multitudes y las dominan, y les señalan normas y les enseñan doctrinas... Y entonces quisiera destrozarse el mundo y hacerlo nuevo, y hacerlo sano, y hacerlo fuerte... Oh, la Ciencia!... La Ciencia es cruel, como fiera. La Ciencia es dura... Destroza la ilusión y muestra el dolor...

»Yo he visto detenerse en el camino a un niño y morir en el vientre de la madre, para no arrastrar luego por la vida la culpa de un padre vicioso cuya sangre envilecida tenía que llevar... Yo he visto un beso convertirse en lacra nauseabunda, y un banquete en pestilencia y en crimen...

»Si pudiéramos llevar también el alma a los laboratorios y mirar con lentes poderosos su entraña intangible... acaso veríamos cosas tan feas como esas de la carne, y descubriríamos legiones de demonios, tifus, sífilis, mal de Lázaro, del alma, alma podrida y venenosa... Aunque mi Profesor afirma que el alma es lo único inmune, que el alma es sana siempre, que no se enferma, que no se debilita, y explica sin vacilaciones que cuando el vicio o el crimen se apoderan de uno, el germen de la dolencia no está en el alma sino en la carne enferma... Que los desequilibrios de la carne—armazón miserable que sostiene la vida—llevan desequilibrios al alma, y resultan así los que roban, los que mienten, los que matan, los ruines, los falsos, los cobardes, los malos...» Sostiene este Profesor que cuando en el mundo los hombres sean sanos y fuertes, y no tengan sobre ellos el imperio de las bacterias homicidas, se acabarán los malos. Explica que por eso el alma de los niños, que vive en cuerpos jóvenes todavía sin gastar, es buena y es noble. Dice que Dios es un Gran Niño, un Niño Eterno, y entonces se olvida de sí y del mundo y de los hombres, y habla, como un visionario, de sueros maravillosos que perennizan la juventud del cuerpo y lo inmunizan de la vejez que es gastación y ruina..., y termina metiendo la cabeza entre las manos crispadas, y hundiéndose en un largo silencio de horas, del que sale agotado

y nostálgico... «Es mi pleito con la materia, dice, ¿no ve? hay un punto del cual no se pasa y en el que la Ciencia se detiene como potro indómito que estrella al caballero que lo fuerza, y huye agitando al aire las crines como haces de rayos que estremeciera un huracán tremendo... La Noche... la Noche, el Tiempo... Todo es el Tiempo... El día y la noche, la luz y la sombra, el dolor y la dicha, lo bueno y lo malo... Todo es una sola cosa impenetrable que no afecta la Vida... Para la Vida sólo existe una sombra: la Muerte. Y una luz: Dios. Y vamos, entre Dios y la Muerte, como sonámbulos, adivinando, sufriendo, imaginando...» Y termina así: «¿Ve? estamos en el comienzo, nada sabemos, nada

somos. Hay que aprenderlo todo y hay que serlo todo...

Siete campanadas cayeron monótonas en la estancia. La noche estaba con nosotros y, mi discípulo, cansado con aquella gimnasia de ideas, tenía que irse. Cuando nos despedimos, nuestras palabras flotaron hechas rumor sugere sobre el eco de las siete campanadas que en la noche se perdían...

Afuera se balanceaba la fronda tenuemente como una novia indecisa, y la angustia del chorro de agua que se regaba por el aire, hacía un lamento en el hueco de la piedra que circundan helechos y flores campesinas...

EDUARDO PIERRE

De los libros que nos llegan

(Índice)

[*Miniaturas Mexicanas* se llama el librito y nos lo remite el Sr. don DANIEL COSÍO VILLEGAS, su autor. De tres secciones consta: *Viajes*, dedicados a Azorín, «el hombre de los viajes»; *Estampas*, dedicadas a Juan Ramón Jiménez, «el hombre de las estampas»; *Teorías*, dedicadas a Pedro Henríquez Ureña, «el hombre de las teorías». Los tres dedicados son autores de los suyos para el Sr. Cosío Villegas, que es espíritu distinguido y así los busca. En las tres secciones hay piezas ejemplares, como luego se verá. Visión artística del paisaje, de los tipos y las escenas, estilo neto y preciso, de todo posee el señor Cosío Villegas y por ello surge. En todo el libro hay cierto buen humor muy agradable; sonriendo se lee. Saludamos cordialmente al Sr. Cosío y le deseamos nuevos éxitos como escritor].

Religiosidad

SE dice que Morelia es una de las ciudades más católicas, más *mochas*. No me consta, y menos si lo es tanto como Puebla o como Querétaro; pero observo que, a medida que nos acercamos a ella, van quedando en el tren pasajeros que visten con mal gusto, de negro, y que tienen la cara picada de viruelas.

Los católicos y los protestantes, los extremistas, se parecen en que visten con mal gusto y de negro.

El hombre del circo

HEMOS llegado a una estación en que es necesario transbordar. El tren se dilata. Mientras tanto, observo:

La luna, grande, llena, aparece detrás de un monte. Una llamarada del pasto, que se quema, la mancha de rojo. Las chicas del pueblo (pobrecitas! se pasean tristes en el andén de la estación. Aún no llega el viajero ideal que esperan.

De pronto se me acerca un hombre y me dice que no debo continuar mi viaje. Hay peligro, pueden asaltar el tren.

—Yo lo sé,— me dice— porque tengo un circo por allá. Tanto que estoy con cuidado; tengo miedo, mucho miedo.

¡Imagínese! ¿y las fieras? ¿qué no harán de los hombres?

Y me vuelve a contar lo mismo. Hay peligro. Pueden asaltar el tren. El lo sabe porque tiene un circo por allá. Tanto que tiene cuidado, miedo, mucho miedo. Por la quinta vez agrega:

—¡Imagínese!— ¿y las fieras?

—¡Imagínese!— le contesto cansado ya— ¿y los hombres? ¿y los hombres?

No ha entendido. El hombre del circo sabía más de fieras que de hombres.

Marco de oro

MARCO de oro, de oro viejo y prestigioso, son los cabellos de esta mujercita, niña apenas de diez y seis años. Su sombrero verde y su falda y sus medias grises, la hacen adorable.

El viaje tiene ya fin. La vida, no ya el viaje, tiene sentido.

Todos los viajeros piensan lo mismo y la miran sin cesar; pero como es ella: graciosa, adorable, niña apenas de diez y seis años.

El amor es como la cara de la mujer.